

nio, propretor de aquella provincia. Enviaron allá al cónsul designado, Marcelo, con orden de examinar el asunto, y si las circunstancias lo exigían, llamar el ejército de la Apulia y trasladar el campo de la guerra á la Etruria. Este temor contuvo á los etruscos y no se movieron. Los tarentinos habían enviado á pedir la paz y libertad de vivir según sus propias leyes, y el Senado aplazó su contestación para la época del regreso del cónsul Fabio. Este año se celebraron los juegos romanos y los juegos plebeyos (1) en un solo día. Fueron ediles curules L. Cornelio Caudino y Ser. Sulpicio Galba; ediles plebeyos C. Servilio y Q. Cecilio Metelo. Se había disputado á Servilio el derecho de ser tribuno del pueblo y se le disputaba el de ser edil, porque su pa-

(1) Los juegos plebeyos tenían por objeto recordar la conquista de la libertad realizada por el pueblo en su retirada al Monte Sacro. Ordinariamente se celebraban á mediados del mes de Octubre durante tres días; la costumbre obligaba á los ediles á dar en aquella época una comida al pueblo. Distinguiáanse estos juegos de los romanos en que los daban los ediles plebeyos, y los otros los curules.

Los juegos romanos llevaban este nombre porque los fundó, ó al menos restableció, Rómulo, y se llamaban también grandes porque se celebraban con más pompa y magnificencia que todos los demás. Al principio se establecieron en honor del dios Consus, pero más adelante se consagraron á las tres grandes divinidades, Júpiter, Juno y Minerva. Estos son los juegos generalmente conocidos con el nombre de *circenses* y fueron los más antiguos de Roma. Antes de que Tarquino construyese el circo, los celebraban en la isla del Tiber. Al principio solamente duraban un día, pero acentuándose poco á poco el gusto del pueblo por aquellos espectáculos á medida que se encontraba más satisfecho, y permitiéndolo la prosperidad de la república, se continuaron durante muchos días. Comenzaban con una procesión que partía del Capitolio, terminando en el circo. Lo principal del espectáculo lo formaban los juegos gimnásticos; añádase las carreras de carros y groseras representaciones de bailarines etruscos.

dre, antiguo tribuno agrario (1), que por espacio de diez años se le creyó asesinado por los boyos, vivía aún y se tenía seguridad de que se encontraba en poder de los enemigos (2).

En el año undécimo de la guerra púnica, entraron en cargo M. Marcelo y T. Quincio Crispino. Era este el quinto consulado de Marcelo, si se tiene en cuenta

(1) Los romanos nombraban frecuentemente comisarios para casos particulares de administración, y les daban el nombre de triunviros, porque los nombraban en número de tres. Así, pues, cuando querían fundar una colonia, ponían al frente de la emigración y encargaban de la distribución de terrenos á comisarios nombrados para este efecto, con el título de triunviros agrarios.

(2) Al hijo del esclavo, según se ve por este pasaje, no se le permitía ocupar magistraturas. En el derecho romano no varió jamás el principio de que todo prisionero de guerra era esclavo, y como esclavo, perdía todos los derechos; porque la pérdida de la libertad arrastra la de todos los otros derechos. Pero la cautividad no destruía la autoridad paterna, al menos inmediatamente. El estado de los hijos quedaba en suspenso, y para determinar si habían sido hijos de familia ó *sui juris*, era necesario esperar la muerte ó el regreso del padre cautivo. En el primer caso, vuelto á su país el prisionero, se suponía que no había salido de él, y por consiguiente, que jamás había caído en esclavitud; recobraba, pues, sus derechos de padre de familia, hasta en cuanto al pasado, ó, mejor dicho, los conservaba sin haberlos perdido jamás y sus hijos estaban bajo su potestad. Tal era la consecuencia de una ficción de derecho, admitida bajo el nombre de *postliminium*. Si por el contrario, el prisionero moría en poder del enemigo, sus hijos quedaban libres y *sui juris*. Algunos jurisconsultos, entre ellos Justiniano, entienden que la libertad se entendía desde la época en que cayó el padre en esclavitud.

La cautividad del hijo de familia suspendía también la autoridad paterna, sin disolverla completamente, porque la ficción del *postliminium* se aplicaba también al hijo de familia.

Esta ficción tenía lugar en todos los casos en que el prisionero regresaba, bien recobrado del enemigo, bien rescatado ó escapado de un modo cualquiera, con tal de que no regresase, como Régulo, con el propósito de volver al enemigo.

aquel que, por una irregularidad, no pudo ejercer. Los dos cónsules recibieron la Italia por provincia con dos de los ejércitos consulares del año anterior, porque en Venusia había otro entonces, que era el que había mandado Marcelo. De los tres podían elegir los dos que quisieran, siendo el tercero para aquel á quien la suerte designase á Tarento y el país de los salentinos. En seguida repartieron las otras provincias á los pretores. P. Licinio Varo tuvo la jurisdicción de la ciudad: P. Licinio Craso, pontífice máximo, la de los extranjeros, con orden de marchar adonde le enviase el Senado; la Sicilia tocó á Sex. Julio César y Tarento á Q. Claudio Flamen. Prorrogaron por un año su mando á Q. Fulvio Flaco, que debía ocupar con una legión la provincia de Capua en reemplazo de T. Quincio. Igual favor se concedió á C. Hostilio Túbulo, con el título de propretor en Etruria, y las dos legiones de C. Calpurnio; á L. Veturio Filo, con el mismo título en la Galia y las mismas dos legiones que había mandado durante su pretura. Como L. Veturio, obtuvo C. Arunculeyo, por un decreto del Senado, que confirmó el pueblo, la prorrogación de su pretura y el mando de las dos legiones que tenía á sus órdenes en Cerdeña; añadiéronsele, para la defensa de la provincia, cincuenta naves que P. Escipión debía enviar desde España. P. Escipión y M. Silano conservaron las Españas y sus ejércitos. De las ochenta naves que Escipión había llevado de Italia ó cogido en Cartagena, recibió orden de enviar cincuenta á Cerdeña, porque corrían rumores acerca del armamento considerable que se hacía este año en Cartago y de doscientas naves cartaginesas que debían recorrer todas las costas de Italia, de Sicilia y de Cerdeña. La Sicilia se repartió de esta manera: Sex. César recibió el ejército de Cannas; M. Valerio Levino, prorrogado también en su mando, debía tomar las setenta naves destinadas á

á aquella provincia y reunir las con las treinta que el año anterior estuvieron en Tarento. Con esta flota de cien naves podía, si lo consideraba conveniente, ir á talar las costas de África. P. Sulpicio conservó su flota y la provincia de Macedonia y Grecia por otro año más. En cuanto á las dos legiones que se encontraban cerca de Roma, no se cambió su destino. Permittedióse á los cónsules hacer levadas para atender á las necesidades, y aquel año concurrieron veintiuna legiones á la defensa del imperio romano. Encargóse al pretor urbano P. Licinio Varo hacer carenar treinta naves viejas, reunidas entonces en el puerto de Ostia, y armar veinte nuevas, para que una flota de cincuenta naves cubriese la costa vecina de Roma. Prohibióse á C. Calpurnio alejarse de Arrecio con sus tropas antes de la llegada de su sucesor, y se le recomendó lo mismo que á Túbulo, que atendiese muy especialmente á evitar toda tentativa de sublevación.

Los pretores partieron para sus provincias, reteniendo á los cónsules asuntos religiosos. Hablábase de algunos prodigios cuya expiación parecía difícil. En Campania, decían en la ciudad de Capua, el templo de la Fortuna, el de Marte y muchos sepulcros también, habían sido heridos por el rayo. En Cumas (tan cierto es que hasta en las menores cosas la superstición hace intervenir á los dioses) las ratas habían roído los ornamentos de oro del templo de Júpiter. En Casino, considerable enjambre de abejas se había posado en el Foro. El fuego del cielo había herido en Ostia la muralla y una puerta; en Cerea había volado un buitre dentro del templo de Júpiter y en Volsinia se habían teñido de sangre las aguas del lago. Para expiar estos prodigios se celebraron rogativas durante un día, y durante otros muchos se inmolaron víctimas mayores, aunque sin resultado, porque durante mucho tiempo fué inexorable

la cólera de los dioses. Las funestas consecuencias de estos prodigios cayeron sobre los cónsules, que pagaron por la república. Bajo el consulado de Q. Fulvio y Ap. Claudio, P. Cornelio Sila, pretor urbano, había celebrado por primera vez los juegos apolinarios (1). Después imitaron su ejemplo los pretores de la ciudad; pero ofrecían aquellos juegos por el año corriente, sin fijar el día de la celebración. En este año estalló terrible epidemia en Roma y los campos, aunque causó pocos estragos atendida su duración. Para contener los efectos de la calamidad, se hicieron rogativas en todas las plazas de la ciudad, y P. Licinio Varo, pretor de Roma, recibió orden de proponer al pueblo una ley en la que se haría el voto de celebrar perfectamente aquellos juegos y en día fijo. Este mismo fué el primero que los ofreció, según la ley, y los celebró el 3 de Junio, día consagrado desde entonces á esta solemnidad.

La revolución de Arrecio se hacía cada día más grave y alarmante para el Senado. Escribióse á C. Hostilio que pidiese inmediatamente rehenes á los arretinos, y se envió á T. Terencio Varo con facultades para recibir aquellos rehenes y llevarlos á Roma. A su llegada mandó Hostilio á una legión, que acampaba delante de la ciudad, que entrase en ella con las enseñas levantadas, estableció guardias en todos los puntos convenientes, convocó los senadores al Foro y les exigió rehenes. El Senado pedía dos días para deliberar: «Rehenes en el

(1) Los juegos apolinarios ó en honor de Apolo, no se contaron entre las fiestas fijas hasta el año de Roma 544. Establecieronse estos juegos por la interpretación de algunos versos de los libros sibilinos, por lo que los decenviros sibilios desempeñaban cierto papel en ellos, que consistía en sacrificar un buey y dos cabras blancas cuyos cuernos doraban. En este día se celebraban en Roma festines públicos delante de las casas. El pueblo se coronaba de laureles para asistir á estos juegos, teniendo lugar la ceremonia en el circo.

acto, exclamó: «¿mañana os arrebató todos vuestros hijos!» En seguida mandó á los tribunos militares, á los jefes de los aliados y á los centuriones que guardasen todas las puertas para evitar evasiones nocturnas; pero la lentitud y negligencia con que se ejecutó esta orden, permitió á siete de los principales senadores que escapasen con sus hijos al obscurecer, antes de que estuviesen colocados los centinelas en las puertas. Al amanecer el día siguiente, habiéndose reunido el Senado en el Foro, notóse su fuga y fueron confiscados sus bienes. Los demás senadores entregaron en rehenes sus propios hijos, en número de ciento veinte, que fueron entregados á C. Terencio para que los llevase á Roma. Por la relación que este hizo al Senado, aumentaron los temores, y creyéndose amenazados de una sublevación general de la Etruria, se envió á Terencio á la cabeza de una legión urbana, para guarnecer á Arrecio. Hostilio debía recorrer la provincia con el otro ejército y prevenir toda ocasión de tentativa sediciosa. Al llegar con su legión C. Terencio, pidió á los magistrados las llaves de las puertas; contestáronle que no las encontraban; pero persuadido de que en esta desaparición había mala fe antes que negligencia, mandó hacer las nuevas para cada puerta y tomó todas las medidas necesarias para ser dueño absoluto de la plaza. En un aviso á Hostilio insistió sobre un punto; á saber: que no había tranquilidad por parte de los etruscos, sino mientras su vigilancia impidiese todo movimiento.

El asunto de los tarentinos dió lugar en seguida á vivos debates en el Senado, en presencia de Fabio, que defendía entonces á los que él mismo había reducido por las armas; los demás senadores estaban irritados y asimilaban su falta á la de los campanios, pidiendo para ellos igual castigo. Un senatus-consulto redactado según la opinión de Manio Acilio decidió que la ciudad

quedaría constantemente ocupada por guarnición romana, que los tarentinos no podrían salir de sus murallas, y que se revisaría el asunto completo cuando Italia se encontrase en situación más tranquila. En cuanto á M. Livio, jefe de la fortaleza tarentina, su causa se debatió con menos ardor: según unos, era un cobarde á quien debía censurar el senatus-consulto por haber entregado la ciudad al enemigo: otros opinaban que debía recompensarse á un guerrero que había resistido cinco años en la fortaleza, y que más que nadie había contribuído á la reconquista de Tarento. Tomaban otros un término medio, sosteniendo que incumbía á los censores y no al Senado conocer en este asunto: esta fué la opinión de Fabio. Sin embargo, añadió que «él también creía que se debía á Livio la reconquista de Tarento, como no cesaban de repetir en el Senado sus amigos: porque no se hubiese podido reconquistar de no haberlo él pedido.» El cónsul T. Quincio Crispino partió con soldados nuevos para el ejército de Lucania, que había mandado Q. Fulvio Flaco. Marcelo se encontraba atormentado por muchos escrúpulos religiosos que le retenían en Roma: durante la guerra gálica, en la batalla de Clastidio, ofreció un templo al Honor y el Valor, y los sacerdotes no permitían su dedicación, pretendiendo que no podía dedicarse un mismo santuario á dos divinidades: si le hería el rayo ó se realizaba algún prodigio en él, sería muy difícil hacer las expiaciones, porque no se sabría á qué dios dirigir el sacrificio. En efecto, según los ritos, no podía inmolarse una sola víctima á dos divinidades, exceptuando determinados casos. Elevóse, pues, apresuradamente otro templo dedicado al Valor, pero no hizo la dedicación Marcelo, viéndose obligado á marchar á reunirse con sus reclutas al ejército que había dejado el año anterior en Venusia. Crispino emprendió el sitio de Locros en el Bru-

cio: preocupándole la gloria de que había cubierto á Fabio la toma de Tarento, había hecho llegar de Sicilia máquinas de toda clase y hasta naves para atacar la ciudad por el lado del mar; pero levantó el sitio á la noticia de que Aníbal se acercaba desde Lacinia con todas sus fuerzas y de que su colega, con el que quería reunirse, había salido ya de Venusia. Regresó, pues, del Brucio á la Apulia, y los dos cónsules establecieron sus campamentos entre Venusia y Bancia á menos de tres millas de distancia uno de otro. Aníbal les siguió á esta provincia, después de parar el golpe que amenazaba á Locros. Casi todos los días acudían arduosamente los cónsules á presentarle batalla, creyéndose seguros de vencerle si el enemigo se atrevía á chocar contra dos ejércitos consulares reunidos.

Aníbal, que el año anterior había luchado dos veces con Marcelo, siendo sucesivamente vencedor y vencido, comprendía que en otro combate con el cónsul tenía iguales probabilidades de triunfo como de derrota; pero contra dos cónsules, la lucha no era igual. Así, pues, dedicado completamente á la astucia, que era su medio predilecto, solamente buscaba ocasión para una emboscada. Entretanto trabábanse ligeras escaramuzas entre los dos campamentos, quedando equilibrados los resultados. Persuadidos los cónsules de que podía pasar de aquella manera el verano, y que no era posible emprender á la vez el sitio de Locros, escribieron á L. Cincio que pasase de la Sicilia á Locros con su flota; y para estrechar al mismo tiempo la plaza por tierra, dirigieron á aquel punto una parte del ejército que guarnecía á Tarento. Enterado Aníbal de este proyecto por algunos habitantes de Thurio, envió tropas para ocupar el camino de Tarento. Tres mil jinetes y dos mil infantes se emboscaron en Petelia al pie de una colina. Los romanos que avanzaban sin haber explora-

do el camino, cayeron en el lazo, dejando dos mil muertos y cerca de mil quinientos prisioneros. Los demás huyeron, se dispersaron por los bosques y los campos y regresaron á Tarento. Entre el campamento de los cartagineses y el de los romanos mediaba una altura, cubierta de bosque, que ninguno de los dos ejércitos había ocupado al principio: los romanos porque no conocían el lado que miraba al enemigo; Aníbal porque la consideraba menos á propósito para su campamento que para una emboscada. Durante la noche hizo pasar allí algunas turmas de númidas, y las ocultó en el centro del bosque, con prohibición de dejar el puesto durante el día, temiendo que el brillo de las armas les descubriese de lejos. En el campamento romano decían todos que era necesario apoderarse de aquella colina y fortificarla en ella: si Aníbal la ocupaba, tendrían al enemigo encima de ellos. Esta circunstancia impresionó á Marcelo. «Pues bien, dijo á su colega: vamos nosotros á reconocerla con algunos jinetes. Viendo por nuestros mismos ojos, decidiremos con más seguridad.» Accedió Crispino y partieron al frente de doscientos veinte jinetes, de los que cuarenta eran de Fregelas y los demás etruscos. Con ellos iba M. Marcelo, hijo del consul, y A. Manlio, los dos tribunos militares, así como también los jefes de los aliados L. Arennio y Manio Aulio. Hase dicho que aquel día ofreció Marcelo un sacrificio y que la primera víctima presentó el hígado sin cabeza: el arúspice vió con temor seguir una señal demasiado feliz á un primer presagio tan vicioso y funesto.

Por lo demás, Marcelo deseaba tanto pelear con Aníbal, que nunca creía su campamento bastante cerca del enemigo. Aquel mismo día, al salir de las empalizadas, dió orden á los soldados de estar dispuestos á recoger el bagaje y seguirle, si la altura que iba á re-

conocer era posición ventajosa. La llanura era poco extensa delante del campamento y hasta la colina el camino estaba despejado y completamente descubier- to. Habían colocado un númida en observación, no porque Aníbal contase con ocasión tan excelente, sino para poder sorprender á los romanos aislados que se separasen demasiado del campamento al ir en busca de leña ó forraje. Este hizo señal á sus compañeros para que saliesen á la vez de su emboscada; pero los que debían presentarse en lo alto de la colina para hacer frente á los romanos, no se presentaron hasta que dieron tiempo á los otros númidas para rodear al enemigo y cortarle la retirada. Hecho esto, aparecieron todos á la vez y se lanzaron con fuertes gritos sobre los romanos. Viéronse, pues, los cónsules sorprendidos en medio del valle, sin poder ni ganar la altura ocupada por el enemigo, ni volver sobre sus pasos entre las turmas que les rodeaban por la espalda. Sin embargo, el combate pudo durar más tiempo si la fuga de los etruscos no hubiese aterrado á los otros. A pesar de esta deserción, los fregelanos no abandonaron el campo de batalla mientras que los cónsules, que no estaban heridos, sostuvieron su ánimo con la palabra y el ejemplo de su propio valor. Pero cuando les vieron heridos á los dos y que Marcelo, alcanzado por un lanzazo, caía moribundo del caballo, los pocos que quedaban huyeron hacia el cónsul Crispino, herido por dos venablos, y el joven Marcelo, herido también. A. Manlio, tribuno militar, quedó muerto, así como también Manio Aulio, uno de los jefes de los aliados; el otro, L. Arenio, cayó prisionero. Cinco liectores de los cónsules quedaron vivos en poder del enemigo; los demás sucumbieron ó huyeron con el cónsul; cuarenta y tres jinetes perecieron en el combate ó en la fuga y diez y ocho cayeron prisioneros. Agitábanse ya en el campamento; iban á correr en

socorro de los cónsules, cuando se vió llegar á Crispino y al hijo de su colega, heridos los dos, con los débiles restos de aquella expedición tan desastrosa. La muerte de Marcelo, por otra parte tan deplorable, lo fué especialmente á causa de la imprevisión que á su edad, que pasaba de los sesenta años, le había hecho olvidar la experiencia de un general veterano, arrastrándole á aquel lazo fatal, tanto para él como para su colega y casi para la república entera. Sería entrar en largas digresiones querer dar cuenta de los diferentes relatos de los historiadores acerca de la muerte de Marcelo. Solamente hablaré de L. Celio, que da tres versiones diferentes, fundadas, una en la tradición, otra en el elogio fúnebre pronunciado por el joven Marcelo, que asistió al combate, y la tercera por sus propias investigaciones, que presenta como muy exactas. Por lo demás, en esta diversidad de opiniones, la mayor parte dicen que salió del campamento para ir á la descubierta, y todos que cayó en una emboscada.

Creviendo Aníbal que la muerte de un cónsul y la herida del otro habían sembrado espanto entre los enemigos, quiso aprovechar la ocasión y trasladó en seguida su campamento á la eminencia en que se verificó el combate. Allí encontró el cadáver de Marcelo (1), que mandó sepultar. Asustado Crispino por la muerte de su colega y por su propia herida, partió á favor de la noche siguiente, ganó las montañas más inmediatas, y estableció su campamento en la cumbre más alta y segura. Entonces se entabló entre los dos generales lucha de astucia, por una parte para tender lazos y por otra para burlarlos. Con el cadáver de Marcelo cayó su anillo en poder de Aníbal. Temiendo Crispino que el

(1) Según Appiano, Aníbal contempló por algún tiempo el cadáver de Marcelo, y viéndole cubierto de heridas por delante, dijo: "Buen soldado, pero mal general."

general cartaginés lo emplease como instrumento de engaño y astucia, envió mensajeros á todas las ciudades vecinas para anunciarles que su colega había muerto; que el enemigo se había apoderado de su anillo, y que debían desconfiar de toda carta escrita á nombre de Marcelo. Acababa de presentarse en Salapia el mensajero del cónsul, cuando trajeron una carta de Aníbal, escrita á nombre de Marcelo, en la que decía que «á la noche siguiente llegaría á Salapia y que la guarnición debía estar preparada por si necesitaba sus servicios.» No cayeron en el lazo los habitantes, comprendiendo que Aníbal, tan furioso por su defección como por la pérdida de sus jinetes, buscaba ocasión de venganza. Despidieron al desertor romano que había servido de mensajero, para que la guarnición tomase las disposiciones convenientes sin testigos; y los habitantes se colocaron sobre las murallas y en los puntos que convenía guardar. Aquella noche se reforzaron los centinelas de las puertas con especial cuidado, y aquella por donde se esperaba al enemigo se confió á lo más escogido de la guarnición. Aníbal llegó cerca de la cuarta vigilia, llevando á vanguardia los desertores romanos armados á la romana. Cuando llegaron á la puerta, hablaron en latín á los guardias, les llamaron y mandaron abrir: «Es el cónsul» decían. Los guardias, que fingieron despertar á sus gritos, se removieron, se agitaron en desorden y movieron la puerta. El rastrillo estaba caído y cerrado; levantáronlo con palancas y cuerdas y lo suspendieron á la altura suficiente para que pudiese pasar un hombre de pie. En cuanto vieron libre la entrada se precipitaron los desertores á porfía. Unos seiscientos habían penetrado ya en la ciudad, cuando de pronto soltaron la cuerda y el rastrillo cayó con estrépito. Una parte de los habitantes cayeron sobre los desertores, quienes, como soldados en marcha que lle-

gan á ciudad amiga, llevaban colgadas las armas á la espalda; otros, desde lo alto de las murallas y de la torre que dominaba la puerta, rechazaron al enemigo con piedras, palos y venablos. Viéndose Aníbal cogido en sus propios lazos, se retiró y tomó el camino de Locros para hacer levantar el sitio que Cincio estrechaba vigorosamente con el material y las máquinas de toda clase traídas de Sicilia. Magón desesperaba ya de defender y conservar la plaza, cuando la muerte de Marcelo le infundió alguna esperanza. Muy pronto supo por un mensajero que Aníbal, precedido por la caballería númida, avanzaba en persona con toda la rapidez posible á la cabeza de su infantería. A las primeras señales que le anunciaron la aproximación de los númidas, mandó abrir las puertas y atacó bruscamente al enemigo. Al principio, lo repentino del ataque, más bien que la igualdad de fuerzas con los romanos, mantuvo dudoso el combate. Pero á la llegada de los númidas, el espanto cundió entre los romanos, que huyeron en desorden hacia el mar y se reembarcaron, abandonando los instrumentos y las máquinas que servían para batir las murallas. De esta manera hizo levantar el sitio de Locros la llegada de Aníbal.

Quando supo Crispino que Aníbal había partido para el Brucio, encargó al tribuno militar M. Marcelo que llevase á Venusia el ejército que había mandado su colega. En cuanto á él, se dirigió á Capua con sus legiones, costándole mucho trabajo soportar el movimiento de la litera: tan dolorosas eran sus heridas. Para dar la noticia de la muerte de su colega y de su propio peligro, escribió á Roma, diciendo: «que no podía acudir á la ciudad para los comicios, porque no se encontraba en estado de soportar las fatigas del viaje; además le inquietaba Tarento, porque temía que Aníbal cayese desde el Brucio sobre aquella ciudad. Era necesario

que le enviases como legados hombres hábiles con los que pudiese ponerse de acuerdo acerca de las necesidades de la república.» La lectura de esta carta produjo profundo pesar por el cónsul que habían perdido y graves temores por el otro. Envióse, pues, á Q. Fabio, hijo, al ejército de Venusia, y tres legados marcharon con el cónsul; siendo estos Sex. Julio César, L. Licinio Polio y L. Cincio Alimento, que hacía pocos días había regresado de Sicilia. Estos llevaban encargo de decir al cónsul que si no podía trasladarse á Roma para los comicios, nombrase en territorio romano un dictador para presidir la asamblea (1). En el caso de que el cónsul hubiese partido ya para Tarento, decidíase que el pretor Q. Claudio llevase sus legiones á la colonia donde hubiese más ciudades aliadas que defender. Durante este verano, M. Valerio pasó de Sicilia á África al frente de una escuadra de cien naves, desembarcó en Clypea y extendió á lo lejos la devastación, encontrando apenas algunos destacamentos. En seguida se reembarcaron precipitadamente sus soldados á la inesperada noticia de la llegada de una flota cartaginesa fuerte de ochenta y tres naves. El romano les libró combate cerca de Clypea y quedó vencedor, tomando al enemigo diez y ocho naves y dispersando el resto; regresando al puerto de Lilibea con inmenso botín, fruto de su correría en África y de su victoria naval. También en este mismo estío, solicitado Filipo por los aqueos, les suministró socorros contra Macanidas, ti-

(1) El nombramiento de dictador entraba en las atribuciones de los cónsules; mas para ejercitar este derecho, era necesario que el cónsul se encontrase en territorio de la república. En ninguna parte tuvieron tanto imperio las formalidades legales y consuetudinarias como en Roma, por lo que la cuestión de lugares era tan importante en la definición de las magistraturas. El tribuno del pueblo perdía toda su autoridad al salir del recinto de Roma.

rano de Esparta, que talaba á sangre y fuego sus fronteras, y contra los etolios, cuyas tropas habían atravesado el estrecho que separa á Neupacta de Patras (en el país le llaman Rhion) y devastaban igualmente la Acaya. Decíase también que Attalo, rey de Asia, á quien los etolios en su última asamblea habían conferido la magistratura suprema de su liga, iba á pasar á Europa. *Ustañ agos, pul al anshierq al obinsino*

Filipo pasó, pues, á Grecia, y cerca de Lamia encontró á los etolios, al mando de Pyrrhias, elegido pretor aquel año, con Attalo, que estaba ausente. Pero este príncipe les había enviado auxiliares, y en sus filas tenían además mil soldados de la flota romana, que les había suministrado P. Sulpicio. Filippo venció dos veces á Pyrrhias y su ejército, costándole los dos combates cerca de mil hombres. Los etolios cedieron entonces al temor y se encerraron en las murallas de Lamia; Filippo llevó sus tropas á Falara, ciudad situada sobre el golfo Maliaco, muy populosa en otro tiempo, á causa de su excelente puerto, por la seguridad de las ensenadas inmediatas y por las demás ventajas que ofrecía por tierra y por mar. Allí acudieron los legados de Ptolomeo, rey de Egipto, de Rodas, de Atenas y de Chio, con la misión de poner fin á las desavenencias de Filippo y de los etolios, quienes tomaron por mediador entre los príncipes inmediatos á Amyndro, rey de los athamanos. Si tantos pueblos se inquietaban, no era en favor de los etolios, cuya altivez se avenía mal con el carácter de los pueblos de Grecia, sino en odio de Filippo y de su poder, que lo consideraban muy amenazador para la libertad si se mezclaba en los asuntos de Grecia. La discusión de la paz se aplazó para la asamblea de los aqueos, señalándose lugar y día para su reunión, obteniéndose hasta entonces tregua por treinta días. Filippo atravesó en seguida la Tesalia y la Beocia,

y marchó á Calcis, en Eubea, para cerrar la entrada de los puertos y el acceso á las costas á Attalo, que según decían, navegaba hacia aquella isla. Dejó allí fuerzas suficientes para rechazar á aquel príncipe, si por casualidad se presentaba en su ausencia, y seguido de algunos jinetes y de sus tropas ligeras, partió para Argos. Por votación unánime del pueblo habíasele conferido la presidencia de los juegos herenos y nemeos, en virtud de la pretensión que tienen los reyes de la Macedonia de ser originarios de Argos. Después de la celebración de los juegos herenos, al terminar la fiesta, partió para Egio, donde estaba convocada desde mucho tiempo la asamblea de los aliados. Hablóse allí de poner término á la guerra de Etolia, con objeto de no proporcionar á los romanos ó á Attalo pretexto para entrar en Grecia. Pero antes de terminar la tregua, los etolios destruyeron aquel plan, en cuanto supieron que Attalo había llegado á Egina y que la flota romana fondeaba en Naupacta. Introducidos en la asamblea de los aqueos, en la que se encontraban los mismos legados que habían tratado de la paz en Falara, quejaronse al principio de algunas ligeras infracciones de la fe del tratado, cometidas durante la tregua; en seguida declararon que, para terminar la guerra, era indispensable que los aqueos devolviesen Pylos á los mesenios, que se restituyese la Antitania á los romanos y el país de los ardyeos á los reyes Scerdiledos y Pleurato. Indignado Filippo al ver que los vencidos querían imponer la ley al vencedor, contestó: «Que si había escuchado proposiciones de paz, si había consentido en una tregua, no fué con la esperanza de que los etolios permaneciesen tranquilos, sino para demostrar á los aliados que quería la paz y que ellos solamente buscaban pretextos para la guerra.» Disolvió, pues, la asamblea, sin que se hubiese llegado á ningún arreglo; dejó cuatro

mil hombres á los aqueos para su defensa y recibió de ellos cinco naves largas, que quería reunir con la flota cartaginesa y con las naves que le enviaba Prusias, rey de Bitinia, y dar batalla á la flota romana, dueña desde mucho tiempo del mar en aquellos parajes. Entretanto, regresó á Argos; acercábanse los juegos nemeos, y no querian que los celebrasen sin él.

Entregábase por completo el rey á la solemnidad de los juegos, y dedicaba aquellos días á la molicié y á excesos peligrosos en tiempo de guerra, cuando P. Sulpicio, alejándose de Naupacta, fondeó entre Sicyona y Corinto, entregando á la devastación aquel territorio famoso por su fertilidad. La noticia distrajo de los juegos al rey; partió apresuradamente con su caballería, mandó á la infantería que le siguiese, cayó de improviso sobre los romanos, desparramados aquí y allá en los campos y cargados de botín, y los rechazó hasta sus naves. La flota romana regresó á Naupacta con los débiles restos de su presa. Filipo terminó entonces los juegos, en medio de grande afluencia de espectadores, aumentada con el rumor de aquella victoria tan poco importante, ciertamente, pero conseguida sobre romanos; celebrándose las fiestas con entusiasmo verdaderamente general. La alegría fué mucho más intensa porque el rey, despojándose de la diadema, del manto y de todas las demás insignias reales, se ponía al nivel de los simples ciudadanos, espectáculo muy agradable para ciudades libres. Con esta conducta hubiese hecho esperar el restablecimiento de su libertad, si sus odiosos excesos no hubieran difundido por todas partes la deshonra y el luto. Veíasele, en efecto, correr noche y día con uno ó dos compañeros de placeres, penetrar en las casas para ultrajar los maridos, y afectando descender á la condición de particular, entregarse á disolución tanto más grande cuanto era menos visible. De esta

manera aquella libertad que hacía vana para los otros, la utilizaba en pro de su licencia; porque no siempre usaba del oro y las caricias, sino que empleaba también la violencia para satisfacer sus brutales pasiones. Desgraciado el esposo ó el padre cuya importuna vigilancia ponía obstáculo á los caprichos del monarca! Uno de los aqueos principales, Arato, le arrebató la esposa, Polieracia, quien seducida por la esperanza de compartir el lecho del rey, se dejó llevar al fondo de la Macedonia. En medio de estas torpezas pasó la solemnidad de los juegos nemeos. Algunos días después partió Filipo para Dymas, con objeto de lanzar la guardación etolia que los eleos habían llamado y recibido en aquella ciudad. Cycliadas, primer magistrado de los aqueos, acudió con ellos al encuentro del rey, cerca de Dymas; éstos no perdonaban á los eleos haberse separado de su liga, y odiaban á los etolios, á quienes acusaban de haber llamado sobre ellos las armas romanas. Reunidos los dos ejércitos partieron para Dymas y atravesaron el Lariso, que separa el territorio de aquella ciudad del de los eleos.

El primer día que pisaron el terreno enemigo, lo dedicaron á su devastación; al siguiente se acercaron á la ciudad en orden de batalla, precedidos por su caballería, cuyas maniobras debían sacar de las murallas á los etolios, dispuestos siempre á las salidas. Ignoraban que Sulpicio había pasado de Naupacta á Cylena con quince naves, desembarcando allí cuatro mil hombres, y aprovechando la obscuridad de la noche para ocultar su marcha á las miradas, había entrado en Elis. Así fué que quedaron sobrecogidos de espanto cuando en el medio de los etolios y de los eleos, reconocieron de pronto las enseñas y las armas de los romanos. Al pronto quiso el rey recoger sus tropas, pero el combate había comenzado ya entre los etolios y los tralos, pueblo

ilirio. Viendo que los suyos se encontraban muy apretados, cayó con su caballería sobre una cohorte romana; en la pelea recibió un venablo su caballo, que cayó lanzando al rey por encima de la cabeza. Entonces adquirió el combate furioso encarnizamiento; los romanos se precipitaban sobre el rey, y los macedonios le cubrían con sus cuerpos. Filippo demostró su valor: veíase obligado á pelear á pie en medio de jinetes, pero la lucha no era ya igual: veía caer en derredor suyo considerable número de heridos y muertos; lleváronle de allí, hicieronle montar en otro caballo y huyó. Aquel mismo día fué á acampar á cinco millas de Elis. A la mañana siguiente llevaba sus tropas contra el fuerte llamado Pyrgos, donde sabía habíanse refugiado tumultuosamente los campesinos con sus rebaños para escapar al pillaje. Aquella multitud confusa y desarmada se rindió al primer rumor de su llegada, y la toma de aquel fuerte compensó la deshonra de su derrota bajo las murallas de Elis. Cuatro mil hombres y veinte mil cabezas de ganado cayeron en su poder, y se ocupaba en repartir el botín y los prisioneros á sus soldados cuando llegó un mensajero de Macedonia trayéndole la noticia de que un tal Eropo había corrompido al jefe y guarnición de la fortaleza de Lyncido, habíase apoderado de esta plaza y de algunos pueblos de la Dassarecia y trataba de sublevar á los dardanos. Desde este momento tuvo que renunciar á la guerra de Acaya, aunque dejó dos mil quinientos soldados de toda clase de armas, bajo las órdenes de Menipo y de Polifanto, para la defensa de los aliados; en seguida partió de Dymas, cruzó la Acaya, la Beocia y la Eubea, y en diez días llegó á Demetriada, en Thesalia.

Otras noticias recibió allí mucho más alarmantes: los dardanos se habían extendido por la Macedonia; dueños de la Orestida, habían bajado ya á las llanuras de

Argesto, y aquellos bárbaros solamente hablaban de la muerte de Filippo. En la batalla que había librado cerca de Sicyona, para detener la devastación de los romanos, su caballo le había llevado tan violentamente contra un árbol, que una rama saliente le rompió uno de los dos cuernos del casco. Un etolio recogió aquel fragmento y lo llevó á la Etolia al rey Scerdiledo, que conocía aquel adorno del casco real: esto fué lo que dió origen al rumor de la muerte de Filippo. Cuando este príncipe abandonó la Acaya, Sulpicio pasó con su flota á Egina, reuniéndose con Attalo. Los acayos atacaron á los etolios y á los eleos cerca de Mesena y quedaron vencedores. Attalo y Sulpicio invernarón en Egina. Al terminar este año, el cónsul T. Quincio Crispino murió de su herida, según unos, en Tarento, en Campania, según otros, después de haber nombrado dictador á T. Manlio Torcuato para presidir los juegos y los comicios. Jamás se había visto en ninguna guerra morir los dos cónsules sin combate memorable y dejar la república en una especie de viudez. Manlio tomó por jefe de los caballeros á C. Servilio, que era entonces edil curul. El Senado en su primera sesión ordenó al dictador que celebrase dos grandes juegos que M. Emilio, pretor urbano, había hecho representar bajo el consulado de C. Flamínio y de Cn. Servilio, y que había votado por cinco años. El dictador los celebró y reiteró el voto para el lustro siguiente. Como los dos ejércitos consulares se encontraban sin jefes tan cerca del enemigo, se abandonaron todos los asuntos, preocupando un solo pensamiento al Senado y al pueblo, el de nombrar cónsules lo más pronto posible y elegirles tales que su valor pudiese ser garantía contra las astucias de los cartagineses. «Toda aquella guerra, decían, no había sido más que una serie de desastres debidos á la precipitación y excesivo ardor de los generales, y este año los dos cón-